

LEE CHILD
JOSEPH FINDER
STEPHEN HUNTER
CHARLES McCARRY
DAVID MORRELL
ROBERT WILSON
ANDREW KLAVAN
Y OTROS



AGENTES DE LA TRAIICION

Selección e introducción
de OTTO PENZLER

Un árabe, miembro del FBI, participa de incógnito en una célula terrorista. En Boston, un ingeniero bastante peculiar empieza a sospechar que sus vecinos andan en algo raro. En un apartamento un hombre arma un equipo de agentes secretos con un oscuro propósito. En plena segunda guerra, un oficial británico conquista todo un fuerte alemán. En las arenas del desierto, el jefe de una unidad de ataque de la CIA organiza una operación laberíntica para caer víctima de su propia trampa. Y en un país africano un agente secreto occidental se convierte en el peón de las fuerzas rebeldes durante un golpe de Estado.

Estas son algunas de las catorce historias compiladas por Otto Penzler en la primera antología de relatos de espionaje jamás realizada. Con autores como Joseph Finder, David Morrell, Andrew Klavan, Stephen Hunter, James Grady, Lee Child, Charles McCarry y John Weisman junto a Dan Fesperman, John Lawton, Gayle Lynds, Stella Rimington, Olen Steinhauer y Robert Wilson.

ÍNDICE

Introducción - Otto Penzler

El extremo de la cuerda - Charles McCarry

Sección 7 (A) (Operativa) - Lee Child

Ciudad de destino - James Grady

Vecinos - Joseph Finder

Al este de Suez, al oeste de Charing Cross Road - John Lawton

El día del padre - John Weisman

Le toca batear a Casey («Casey at the Bat») - Stephen Hunter

Max está llamando - Gayle Lynds

El interrogador - David Morrell

Durmiendo con mi asesino - Andrew Klavan

La redención de Hamburgo - Robert Wilson

El correo - Dan Fesperman

Rodeado - Stella Rimington

Sabes lo que está pasando - Olen Steinhauer

*Para Steve Ritterman,
con recuerdos entrañables del baile de máscaras
en Vladivostok y el temible sombrío bar de Praga*

Introducción

Otto Penzler

El de intriga internacional es uno de los géneros literarios de mayor éxito en todo el mundo, y sus principales exponentes se han convertido en nombres muy conocidos, en la medida en que el nivel de fama de un escritor pueda competir con el de un artista, una figura del deporte o un delincuente de talla internacional. Ian Fleming, John le Carré, Graham Greene, Lee Child, Nelson DeMille, Frederick Forsyth, Robert Ludlum, Ken Follett y Eric Ambler, entre muchos otros, son nombres con los que están familiarizados los lectores de todo el mundo. Y a casi nadie le sorprenderá saber que durante muchos años una de cada cuatro novelas vendidas en Estados Unidos entraba de lleno en la categoría de aventura internacional o espionaje.

Lo que sí puede ser sorprendente, cuando no rotundamente indignarte, es que hasta el momento presente nunca haya habido una recopilación de relatos originales dedicada a este género tan respetado y difícil. Ha habido, eso sí, un reducido número de antologías individuales de autores dedicados en gran medida a lo que solía denominarse relatos de intriga y misterio. *Sólo para tus ojos*, de Fleming recogía cinco aventuras de James Bond; *Cobra Trap* de Peter O'Donnell reunía cuentos de Modesty Blaise; E. Phillips Oppenheim, el tremendamente popular escritor de intriga que desarrolló una prolífica obra en el período de entre-guerras (y también antes) sacó a la luz un sinfín de recopilaciones. Existen unos cuantos libros más, la mayoría poco

conocidos, y bastantes antologías variadas de escritores como Greene, Ambler, John Buchan, H. C. McNeile y Forsyth, en las que un reducido número de relatos de espías aparecen rodeados de otro tipo de obras de ficción.

El número de autores importantes de este género tan vasto que ni siquiera han escrito jamás un solo relato breve forman legión. Ludlum jamás escribió uno, ni tampoco Dan Brown, Tom Clancy, Follett, Alan Furst, Robert Littell, Daniel Silva, W. E. B. Griffin, Thomas Glifford o Trevanian.

Las escasas antologías dedicadas a los relatos de espías e intriga son todas reediciones de recopilaciones que se dan de tortas por el derecho a reeditar el relato corto del espía solitario de Le Carré y varios cuentos conocidos, junto con algunas narraciones crípticas (aunque a menudo muy buenas). La excelente antología de Alan Furst, *The Book of Spies*, está dedicada a extractos de novelas.

Uno podría preguntarse, y sería razonable hacerlo, acerca del porqué de la persistencia de esta escasez de relatos cortos salidos de la pluma de autores que por lo demás suelen ser prolíficos, y la explicación es sencilla: los relatos cortos ambientados en el complejo mundo del espionaje y la aventura internacional son muy, pero que muy difíciles de escribir. Ya habrán reparado en que un número desproporcionado de novelas pertenecientes a dicha categoría son libros extensos y voluminosos, y aunque rara vez resultan una lectura pausada, no obstante son más largos que la mayoría de las novelas. La creación de los personajes y los lugares, el desarrollo de unas tramas que complican otras tramas que a su vez se insertan en otras más, la planificación de la villanía y la doblez de una manera verosímil que encaje en las alianzas y traiciones políticas del momento, todo ello exige sutileza y explicaciones... y un montón de páginas. Intentar contener todos estos elementos dispares, aunque necesarios en un relato de veinte o treinta páginas es un reto que pocos pueden conseguir. Lo que a menudo cautiva al lector de esta narrativa apremiante no es el des-

enlace de la disputa, la que quiera que haya sido ésta. Sabemos que la Segunda Guerra Mundial estallará; sabemos que De Gaulle no será asesinado; sabemos que Hitler no será eliminado por unos oficiales alemanes. Lo que resulta tremendamente cautivador es contemplar a los personajes principales debatiéndose con los compromisos morales a los que están obligados a través del miedo o el conformismo.

Todos los relatos que están a punto de leer versan, en mayor o menor grado, sobre estas cuestiones. Algunos adoptan una teología básica sobre el bien y el mal, del propio país contra el estado enemigo, mientras que otros asumen la posición filosófica de gran parte de la narrativa de espionaje contemporánea, llena de ambigüedad y relativismo. El traidor a un país es el héroe de otro; el que para una organización es un canalla mentiroso y deshonesto, es considerado una figura incondicional de destreza y valor por otra. En estas páginas está representado un amplio espectro de ideologías filosóficas y políticas, aunque rara vez son palpables o evidentes. La única cualidad que los contribuyentes a esta antología única comparten es la habilidad para contar una historia compleja de una manera sencilla. En una ocasión se le preguntó a Eric Ambler cuál consideraba él que era el elemento más difícil en la creación de la clase de novelas que escribía, y dijo: «La sencillez». El señor Ambler, creo, habría dado sus bendiciones a los relatos aquí reunidos por estos distinguidos autores, un auténtico quién es quién de los escritores de intriga más reconocidos de la actualidad, además de los más leídos.

En un tiempo relativamente breve, Lee Child se ha consolidado como uno de los escritores de intriga más vendidos del mundo. Sus novelas sobre Jack Reacher, el gigantesco y poderoso hombre que se comporta temeraria y heroicamente, alcanzan una y otra vez el número uno de la lista de éxitos de *The New York Times*, y gozan de idéntico éxito en Gran Bretaña.

Dan Fesperman ha desarrollado una distinguida carrera como periodista que le ha llevado a cubrir acontecimientos en treinta países, empezando con la primera Guerra del Golfo en 1991. La Crime Writers' Association británica designó a *Lie in the Dark* como mejor primera novela de 1999, y *The Small Boat of Great Sorrows* como mejor novela de intriga de 2003; *USA Today* eligió como mejor novela de intriga de 2006 a *The Prisoner of Guantanamo*.

La primera elección profesional de Joseph Finder fue la de espía, e incluso fue reclutado por la CIA, aunque no tardó mucho en descubrir que la vida en el mundo de la burocracia no era tan excitante como la retrataban en la ficción. Su primera novela, *The Moscow Club*, fue designada como una de las mejores novelas de espionaje de todos los tiempos por *Publishers Weekly*. «Vecinos» es su primer relato corto.

Una de la media docena de las más famosas novelas de espionaje de todos los tiempos es *Los seis días del Condor*, de James Grady, llevada al cine con gran éxito como *Los tres días del Condor*, con Robert Redford. Su trabajo como periodista de investigación para el columnista independiente Jack Anderson y el senador Lee Metcalf le proporcionó los antecedentes que hacen tan verosímil su relato.

Como uno de los críticos cinematográficos más reputados de Norteamérica, Stephen Hunter ganó un Premio Pulitzer en 2003, pero es aún más conocido por sus exitosas y enrevesadas novelas de intriga, sobre todo las que versan sobre el machista francotirador, veterano de Vietnam, Bob Lee Swagger, conocido como «El remachador». La primera novela de Swagger, *Punto de impacto*, fue llevada al cine en 2007 con el título de *Shooter (El tirador)*, protagonizada por Mark Wahlberg.

El controvertido Andrew Klavan escribe *blogs* y artículos de opinión a un ritmo prodigioso, pero es en la ficción policiaca, en particular con novelas como *Don't Say a Word (Ni una palabra)*, llevada luego al cine con Michael Douglas en

el papel estelar, y *True Crime (Ejecución inminente)*, dirigida y protagonizada por Clint Eastwood, la que lo ha situado en lo más alto de las listas de éxitos de todo el mundo. Su primera obra de intriga políticamente incorrecta fue *Empire of Lies*.

Aunque el inspector jefe Troy de John Lawton trabaja para Scotland Yard, casi siempre se ve envuelto en alguna intriga internacional. Su primer caso, *Black Out*, ganó el WHSmith Fresh Talent Award. *A Little White Death* fue libro del año 2007 de *New York Times*. «Los 50 autores policíacos que tienes que leer antes de morirte», de *Daily Telegraph*, incluía a Lawton, uno de los seis únicos escritores ingleses vivos de la lista.

Miembro de la Asociación Norteamericana de Agentes de Inteligencia, Gayle Lynds es cofundadora (junto con David Morrell) de International Thriller Writers. Entre sus éxitos de ventas, se cuentan *Masquerade*, considerada una de las diez mejores novelas de espías de todos los tiempos por *Publishers Weekly*; *Mosaic*, elegida como novela de intriga del año por *Romantic Times*; y tres libros de la serie Covert-One, en colaboración con Robert Ludlum.

Después de servir como agente infiltrado de la CIA durante una década, Charles McCarry pasó a escribir discursos para la administración de Eisenhower antes de convertirse en editor de *National Geographic*. A menudo ha sido descrito como el más importante escritor norteamericano de ficción de espionaje, autor de obras maestras tan poéticas como *The Tears of Autumn*, *The Secret Lovers* y *The Last Supper*, todas ellas protagonizadas por su héroe, Paul Christopher.

Aunque ha publicado más de treinta libros, si David Morrell hubiera dejado de escribir después de su primera novela, su legado habría quedado igualmente asegurado. En *First Blood* presentó a Rambo, que tanto en los libros como en las películas de Sylvester Stallone se ha convertido en uno de los héroes de aventuras norteamericanos de culto.

Morrell también escribió *The Brotherhood of the Rose*, que sirvió de base para que la NBC realizara la que se convertiría en la miniserie más vista de la historia.

Después de más de tres décadas prestando servicio en las tres ramas del Servicio Secreto británico (MI5) —contraespionaje, antisubversión y antiterrorismo—, Stella Rimington fue nombrada directora general de la agencia, la primera mujer en desempeñar tal cargo y en el que se mantuvo de 1992 a 1996; fue nombrada Dama Comandante de la Orden de Bath (DCB) el año de su jubilación. Tras jubilarse, escribió unas sinceras memorias, *Open Secret*, a las que siguieron cinco novelas de espionaje.

La primera novela de Olen Steinhauer, *The Bridge of Sighs*, fue el comienzo de una serie de intriga compuesta de cinco libros que constituyeron una crónica de Europa oriental durante la Guerra Fría a lo largo de una década, hasta la caída del comunismo. La obra fue nominada para cinco premios, incluido el Edgar Mystery Award, al igual que su cuarto libro, *Liberation Movements*. Los derechos para el cine de *The Tourist*, su primera novela no incluida en una serie, fueron adquiridos por George Clooney, que tiene planeado protagonizar la película.

Uno de los escasos autores que han figurado en la lista de éxitos de *New York Times* como escritor de ficción y ensayista, John Weisman, fue coautor de *Rogue Warrior*, la historia, basada en la vida real, de la unidad antiterrorista de élite de los SEALs de la Armada norteamericana y de su comandante, que se mantuvo en la lista durante ocho meses, y cuatro semanas en el primer puesto. Cinco secuelas lograron figurar en la lista. Sus libros han sido dos veces el tema de los episodios de Mike Wallace en *60 minutos*.

La neutralidad de Portugal durante la Segunda Guerra Mundial es el telón de fondo de *A Small Death in Lisbon*, de Robert Wilson, que ganó la Daga de Oro de la Asociación [Británica] de Escritores de Novelas Policíacas a la mejor novela de 1999, y de su novela de suspense de espías

The Company of Strangers. Fue nominado para otra Daga de Oro por la primera de sus cuatro novelas de Javier Falcón ambientadas en España, *The Blind Man of Seville*.

El único encargo hecho a los contribuyentes de esta colección única fue engañosamente franco y sencillo: escribe un relato de suspense o espionaje internacional y ambientalo en el lugar del mundo y en la época que quieras. Ningún tema fue prohibido, ninguna extensión prefijada, ninguna postura política proscrita, ninguna doctrina impuesta ni rechazada. La amplitud de estilos y enfoques contenidos en este libro es una muestra de que los hombres y mujeres que trabajaron diligentemente en estos relatos y crearon unos cuentos tan magistrales aceptaron la invitación con el ánimo adecuado.

El extremo de la cuerda

Charles McCarry

La primera vez que reparé en el hombre al que llamaré Benjamin fue en el bar del hotel Independence de Ndala. Estaba sentado solo, bebiendo una naranjada sin hielo. Era alto y corpulento, con bíceps nudosos y manos enormes. Su camisa blanca de manga corta y los pantalones caqui estaban tan limpios y almidonados como un uniforme. En lugar del habitual Omega o Rolex terci mundista, llevaba un barato reloj de plástico japonés en la muñeca derecha. Ni anillos ni oro ni gafas de sol. No reconocí los tatuajes tribales de sus mejillas. No hablaba con nadie, no miraba a nadie. Por lo que concernía al resto de clientes, podría haber sido invisible. Nadie hablaba con él ni le ofrecía una copa ni le hacía preguntas. Parecía preparado para saltar de su taburete y matar a cualquiera sin previo aviso.

Era la única persona en el bar a la que todavía no conocía de vista. En aquellos días, hace más de medio siglo, cuando un norteamericano era un bicho raro en toda la costa de Guinea, llegabas a conocer a todo el mundo del bar de tu hotel con bastante rapidez. Yo estaba de pie en el bar, dándole la espalda a Benjamin, aunque podía verlo por el espejo. Me estaba observando. Supuse que estaba reuniendo información, más que calibrándome para robarme o algún otro propósito oscuro.

Llamé al barman, puse un billete de diez chelines sobre la barra y le pedí que me preparara un *pink gin* con Beefeater de verdad. Se rió alegremente, metiéndose el dinero en

el bolsillo, y se puso a agitar la angostura y la ginebra en el vaso mezclador. Cuando volví a mirar al espejo, Benjamin se había ido. Cómo un hombre de su tamaño pudo levantarse e irse sin reflejarse en el espejo es algo que no sé, pero lo consiguió de alguna manera. No lo aparté de mis pensamientos, era demasiado digno de recordar para eso, pero tampoco me detuve demasiado en el episodio. Sin embargo, no me pude librar de la sensación de que había sido sometido al escrutinio de un profesional. Para un agente secreto con una tapadera permanente, eso es siempre una experiencia incómoda, sobre todo si tienes la sensación, como la tuve entonces, de que el hombre que te está echando el ojo es un profesional que está haciendo un trabajo que ya ha realizado antes muchas veces.

Yo había ido a Ndala para entrevistarme con un agente. Éste no había acudido a las dos primeras reuniones, pero no hay nada de raro en eso, incluso si no estás en África. Al tercer intento apareció cerca de la hora convenida en el lugar convenido: a las dos de la madrugada en una calle sin pavimentar en la que cientos de personas, todas profundamente dormidas, estaban tumbadas unas junto a otras. Era una noche sin luna. Ninguna luz eléctrica, farol o una vela siquiera alumbraba en al menos kilómetro y medio en ninguna dirección. Yo no podía ver a los durmientes, aunque podía sentir su presencia y oírlos inspirar y espirar. El agente, miembro de parlamento, no tenía nada que contarme, aparte de los habituales cotilleos insustanciales. De todas formas le entregué su dinero, cuya recepción firmó con la huella del pulgar junto a la luz de mi linterna de bolsillo. Al alejarme, le oí rasgar el sobre y contar los billetes en la oscuridad.

No había llegado muy lejos cuando un coche apareció por una esquina de la calle con los faros encendidos. Los durmientes se despertaron y se fueron incorporando de golpe uno tras otro como en una coreografía de Busby Berkeley. El miembro del parlamento había desaparecido. Sin

duda se había limitado a tumbarse con los demás, y dos de los ojos desorbitados y una de las anchas sonrisas que vi ir disminuyendo en la oscuridad le pertenecían.

El coche se detuvo. Seguí caminando hacia él, y cuando llegué a su lado, el conductor, que era un agente de policía, se apeó de un salto e hizo refulgir una linterna en mi cara.

—Amo, por favor, entre —dijo.

Los ingleses sólo se habían ido de aquel país hacía poco, y los lugareños seguían dirigiéndose a los hombres blancos por el tratamiento preferido de sus antiguos gobernantes coloniales. La vieja etiqueta sobrevivía en inglés, francés y portugués en la mayoría de los treinta y dos países africanos que habían conseguido la independencia en un período de dos años y medio..., menos tiempo que el que tardó Stanley en encontrar a Livingstone.

—¿Entrar? ¿Para qué? —pregunté.

Mi salvador iba impecablemente vestido con la indumentaria tropical británica: gorra azul de servicio, guayabera con galones de sargento en las hombreras, voluminosos pantalones cortos de color caqui, calcetines azules de lana hasta la rodilla, relucientes zapatos de cordones y correa negra. La porra que colgaba de su cinturón parecía ser la única arma que llevaba. Me metí en el asiento trasero. El sargento se puso detrás del volante y, utilizando el retrovisor en lugar de mirar por encima del hombro, retrocedió marcha atrás por la calle a una velocidad escalofriante. Sin apartar la mirada del parabrisas, esperé a que se estrellara contra los durmientes de un momento a otro. Éstos no dieron muestras de preocupación, y cuando la luz de los faros los recorrió por encima, se fueron tumbando uno tras otro con la misma precisa coordinación que antes.

El sargento condujo a toda velocidad por callejuelas que en su gran mayoría eran otros dormitorios al aire libre. Nuestro destino resultó ser el Equator Club, el club nocturno más famoso de Ndala. La construcción en cuestión no

era más que un zona vallada abierta al cielo. Dentro, una banda tocaba *highlife* —una especie de calipso estruendoso— de forma tan ruidosa que tenías la impresión de que la música se hacía visible mientras ascendía hacia la noche negra como el azabache.

La música se hizo aún más ruidosa. El aire estaba a la temperatura de la sangre. El olor del sudor y la cerveza derramada era fuerte y penetrante. Unos cirios parpadeantes producían un sucedáneo de luz. Las siluetas bailaban en el suelo de tierra apisonada y los cigarrillos brillaban. La sensación era algo parecido a estar siendo digerido por un tiranosaurio rex.

Benjamin, de nuevo solo, estaba sentado en otra mesa pequeña. Volvía a estar bebiendo una naranjada. También llevaba uniforme. Aunque de una tela de mejor calidad, era una réplica del uniforme del sargento, excepto que él iba equipado con un bastón de mando en lugar de una porra y la placa de su hombrera mostraba los laureles, los bastones cruzados y la corona de un comisario jefe. Según parecía, Benjamin era el jefe de la policía nacional. Me hizo un gesto de bienvenida. Me senté. Un camarero colocó un *pink gin* con hielo delante de mí con tal eficiencia, e iba vestido con tanta pulcritud, que supuse que él también era un policía, aunque de incógnito. Levanté el vaso hacia Benjamin y le di un sorbo a mi bebida.

—¿Es usted marino? —preguntó Benjamin.

—No —contesté—. ¿Por qué lo pregunta?

—El *pink gin* es la bebida tradicional de la marina británica.

—¿No es el ron?

—El ron es para la tripulación.

Tuve dificultades para reprimir una sonrisa burlona. Nuestro cruce de palabras se parecía tanto a un código de reconocimiento de los usados por los espías que me pregunté si no era eso lo que realmente era. ¿Se había equivocado Benjamin de norteamericano? No parecía el tipo que